

CRONICAS LITERARIAS.

PAISAJES URBANOS.

Ya escampa...

El violento chaparrón, que entenebreció de pronto la ciudad envolviéndola en el manto gris de la lluvia, va aflojando sensiblemente; y en el cielo de color pardo azulado, entre las desgarraduras de las nubes que se alejan hacia el poniente llevándose los monótonos acordes de la tempestad, aparecen, bañando de una claridad amarillenta las techumbres y los campanarios de las iglesias, los rayos horizontales del sol de la tarde... ya escampa.

Y en las calles, por donde el agua corre todavía en delgados riachuelos que abrillantan el asfalto, la animación interrumpida vuelve a aparecer, reanúdase el tránsito de personas atareadas de todas clases que van a recobrar el tiempo perdido por el inesperado paréntesis de la lluvia, cuyas últimas gotas resbalan aún sobre los negros paraguas y sobre los troncos y las ojas verdes de los árboles de los jardines.

Ya escampa. Por una boacalle atraviesan, como nota que armoniza con la reaparición del sol, cubiertas por el mismo paraguas, recogiendo y ajustando a los elegantes cuerpos la falda clara de delgado género de la estación, dos muchachas, que ríen y charlan con voces casi infantiles, sensibilizadas por las emociones de la tarde de lluvia. Ya los pilletes vendedores de periódicos que «pasaron el aguacero», a la puerta de los almacenes de ropa, en los amplios zaguanes de las casas elegantes, ó en las puertas de los billares, con las manos en los bolsillos del pantalón y los periódicos doblados bajo el brazo, empiezan a circular febrilmente, sacando agudamente las hojas de la tarde.

Por el atrio de la próxima iglesia van desfilando grupos de respetables damas embutidas que

llevan un rosario anudado á la muñeca, y también una sonrisa que les ilumina el semblante con la impresión de la alegría ambiente que ha sucedido á la tempestad pasada en la casa de Dios.

Los tranvías, atestados de pasajeros, repiquetean en las esquinas, y pasan con rapidéz, dejando un eco de voces y de risas al pasar.

En la plaza, donde hay chiquillos que juegan y corros de ayas que conversan, la banda militar que desembocó hace poco por una esquina en correcta formación, preludia, en el kiosco, en donde amarillean los focos de luz incandescente, los acordes de un *largo step*, el primer número de la serenata.

Y sobre todo esto, en el ambiente purificado con olor á flores frescas, y discretamente iluminado con la luz transparente del ocaso hay una alegría sana, vivificadora, que llena los sentidos y ensancha el espíritu, la alegría de los días de verano que siempre nos parecen nuevos y hermosos, que todos los años nos traen la novedad de la lluvia que fecunda, de los campos que reverdecen, de las mujeres que parecen participar de la fragancia y de la madurez de las frutas de la estación; la alegría de las tardes azules, en que hay sol después de la lluvia, y luz nueva, y nuevos perfumes, de los días que son como un delicioso paréntesis en la serie anodina y monótona de nuestra efemérides urbana...

Y allá, sobre la maza gris de aquellos cerros, hacia el Sur, se distingue borrosa y entenebrecida como una pena que se disipa y se pierde, la nube negra que trajo la tempestad y que se va alejando poco á poco.

Guad.—Jul.—30—07.

JAVIER ENCISO.

